

Desigualdad alarmante

# Actividad económica y sed de justicia

Eduardo J. Ortiz F.\*



HOY EN NOTICIAS

Tendencias arrolladoras amenazan con seguir incrementando los niveles de desigualdad en el mundo. El fortalecimiento de las grandes corporaciones y las nuevas tecnologías se presentan como banderas de la actividad económica contemporánea

**D**esde hace varios siglos diversas personalidades y organizaciones han denunciado cómo el poder político y económico privilegia a los que tienen más y abandona u oprime a los que tienen menos.

La revista *SIC* a lo largo de su historia ha sido consistente en la defensa de los más necesitados, y ha trabajado en la búsqueda de alternativas viables sin lograr que la mayor parte de sus sueños se hagan realidad.

¿Será posible algún día contemplar el surgimiento de una tierra nueva, o todos estos esfuerzos están condenados a obtener apenas algunos frutos parciales, circunstanciales y precarios?

Limitándonos aquí a la actividad económica ¿hay signos de que las nuevas tendencias se encaminen hacia la consolidación de un mundo más justo?

## PRESUPUESTOS INQUIETANTES

La ciencia económica se gloria de prever la conducta de los agentes económicos, casi con la misma precisión con la que los físicos predicen el comportamiento de los seres inanimados.

Basada en un prolongado y concienzudo análisis de cómo actúan ante diversos estímulos los seres humanos, dicen sus apologetas, puede plantear hipótesis y formular leyes que le permitan predecir las respuestas que se van a generar al modificarse un conjunto de variables.

El criterio fundamental que permite alcanzar estas metas consiste en presuponer que en toda transacción económica el demandante trata de satisfacer al máximo su capacidad de placer (en la jerga económica “maximizar su utilidad”), y el oferente busca maximizar su beneficio, es decir, lograr la máxima diferencia entre ingresos y costos.

Adam Smith, al que se atribuye el nacimiento de la teoría económica moderna, lo expresa con crudeza en su escrito sobre *La riqueza de las naciones*. “No es la benevolencia del carnicero, del panadero o del cervecero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invoquemos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablemos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas”.

Su contemporáneo Jeremy Bentham abre su *Introducción a los principios de moral y legislación* con las siguientes palabras: “La naturaleza ha colocado a la humanidad bajo el gobierno de dos dueños soberanos, el dolor y el placer. Son ellos los únicos que señalan qué debemos hacer, y quienes determinan lo que haremos”.

Eso es lo que, apoyados en sofisticados modelos matemáticos, los estudiantes de economía aprenden a lo largo de toda la carrera: cómo alcanzar un equilibrio en el que todos los participantes en los procesos de intercambio maximicen sus propias ganancias.

Esto es inquietante, aunque no todo haya salido mal en la búsqueda del propio interés. Los vendedores del tiempo de Smith se esmeraban en suministrar carne, pan y cerveza a sus clientes, y la coyuntura económica actual ha agudizado el ingenio de los productores, con lo que se ha llenado nuestra vida de productos útiles que permiten al oferente incrementar sus beneficios, y al demandante incrementar su bienestar. El nivel de vida promedio de cada generación es más holgado que el de las anteriores, las condiciones de trabajo han mejorado con el paso del tiempo, y en la mayoría de los países se ha consolidado una clase media que goza de muchas comodidades y ve abiertas posibilidades de ascenso en la escala social.

Además, las teorías de los antiguos economistas clásicos se han ido adaptando a las nuevas circunstancias y se han enriquecido con nuevas perspectivas. Hasta sus críticos, al motejar al sistema de *neoliberal*, reconocen esta realidad.

De ahí que, sobre todo desde el fracaso y derumbe de la Unión Soviética, el capitalismo se gloríe de ser el sistema económico que mejor ha resistido las crisis, y el único viable en nuestros días. Hasta China y Vietnam se están abriendo tímidamente a una economía de mercado.

Entonces ¿por qué hay gente empeñada todavía en cambiarlo y en soñar alternativas imposibles?

La respuesta a esta pregunta es que el capitalismo de ayer y de hoy ha sido incapaz de integrar en sus beneficios a un sector muy numeroso de la población. Más aún; a que se tiene la impresión de que esos sectores desechados son parte del sistema. Así como la industrialización genera algunos residuos contaminantes que no pueden ser reciclados, así la evolución económica, que solo favorece la supervivencia de los más capacitados, deja fuera a millones de personas que malviven en condiciones de miseria.

Los últimos datos del Banco Mundial dicen que el 12,73 % de la humanidad vive en situación de pobreza, definida como la que recibe unos ingresos promedio inferiores a 1,90 dólares diarios. Es, decir, hay en el mundo 950 millones de pobres, cantidad superior a la población de Europa (740 millones) y casi equivalente a la de toda América, desde Alaska hasta Patagonia (1.000 millones).

Además la desigualdad se mantiene en niveles alarmantes. Según cifras recientes, en Estados Unidos, símbolo por excelencia del capitalismo, el 10 % más rico gana 9 veces más que todo el resto del país (el otro 90 %). El 1 %, gana 38 veces más, y el 0,1 % 184 veces más.

Los mecanismos que favorecen esta situación son múltiples, pero me voy a concentrar ahora en dos características de la actividad económica contemporánea que tenderán a incrementar en el futuro la desigualdad: el fortalecimiento de las grandes corporaciones y las nuevas tecnologías.



ECOOSFERA



DESINFORMÉMONOS

### LOS EXTREMOS SE TOCAN

En *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin señalaba como primera característica del nuevo sistema “la concentración de la producción y los monopolios”. La revista semanal *The Economist*, portavoz desde hace más de un siglo del liberalismo económico, dedica su portada del 17-23 de septiembre de este año a las compañías más poderosas del mundo bajo el título “A la sombra de gigantes”. En el artículo correspondiente se apuntan varios indicadores alarmantes. Los beneficios corporativos de las empresas estadounidenses en relación con el producto total de la nación (PIB) son hoy los más altos desde 1929. Sus reservas monetarias equivalen al 10 % del PIB de Estados Unidos y al 47 % del de Japón. En todo el mundo el 10 % de las grandes compañías genera el 80 % de los beneficios empresariales. Las multinacionales cuyos ingresos anuales son superiores a mil millones de dólares acaparan el 60 % de todos los ingresos empresariales.

Todas las semanas hay noticias de algún pez grande que se come al chico. Mencionando las fusiones más significativas del pasado mes de septiembre, la integración de las cerveceras Anheuser-Busch InBev y SABMiller deja en la calle a 5.000 trabajadores y logra hacerse con el 30 % del mercado global; la canadiense Enbridge, que transporta petróleo crudo, ha comprado la productora tejana de gas natural Spectra por 28.000 millones de dólares; General Electric ha incrementado su control de las impresoras tridimensionales (3D) adquiriendo la empresa sueca Arcam y la alemana SLM Solutions; la compañía alemana Bayer ha pagado 66.000 millones de dólares para apoderarse de la estadounidense Monsanto, con lo que se ha convertido en la

principal proveedora mundial de semillas agrícolas y fumigación de cosechas.

Todas estas operaciones tienen varias ventajas para las empresas ganadoras. Eliminan a algunos competidores; a veces absorben a los que antes eran sus proveedores o distribuidores de sus productos; su mayor tamaño les permite reducir costos de producción (economías de escala), eliminar costos de administración (antes había dos direcciones y ahora hay solo una), negociar condiciones más ventajosas con quienes les suministran materias primas o servicios, obtener tasas preferenciales por los créditos que les otorgan los bancos, disminuir el pago de impuestos trasladando su sede al país que les ofrezca mayores ventajas fiscales.

Pero generalmente estos movimientos perjudican al resto de la población pues las grandes empresas, además de recortar puestos de trabajo con cada fusión, eliminan la competencia y se convierten en fijadoras de precios. No les preocupa mucho el control de los Estados, pues a través de jugosas donaciones a quienes dominan los parlamentos, y de su incansable labor de cabildeo (*lobbying*), anulan cualquier medida política que les pueda perjudicar.

Se suele indicar como ventaja de estas macroempresas que ellas pueden dedicar mayores recursos a la investigación y desarrollo, y mejorar el bienestar de la población con productos cada vez más sofisticados. Esto es en parte verdad, pues efectivamente solo empresas de gran tamaño pueden inundar el mercado con electrodomésticos, computadoras portátiles, teléfonos celulares, o alimentos para diabéticos y celíacos.

Pero por otra parte este desarrollo tecnológico está amenazando cada vez más a la fuerza de trabajo menos especializada.



En el siglo XIX, en plena revolución industrial, un grupo de trabajadores ingleses (“luditas”) comenzó a romper maquinaria por miedo a perder sus puestos de trabajo. Posteriormente la teoría económica convencional trató de tranquilizar esas inquietudes indicando que la tecnología expulsa algunos trabajos pero crea otros nuevos. Por poner un ejemplo, los cajeros automáticos de los bancos quitan trabajo a quienes se sientan detrás de las taquillas, pero dan trabajo a quienes programan y controlan las nuevas máquinas. El problema es que casi siempre los que quedan fuera son los menos capacitados. Además, con frecuencia, son más los que pierden el trabajo que los que lo recuperan con las nuevas técnicas. En un puerto se necesita mucha menos gente para manejar una grúa que carga y descarga contenedores que cuando los bultos se llevaban al hombro o en carretillas.

Hablando del futuro, otro caso en el que la robotización pondrá en peligro el trabajo de los menos capacitados es el de los choferes. Aunque todavía poco extendida en Venezuela, Uber es una empresa internacional que compite con las compañías de taxis ofreciendo a menor precio servicios de personas particulares, quienes utilizan su carro en tiempos libres para transportar clientes. En septiembre esta compañía ha comenzado a experimentar por las calles de Pittsburgh con carros sin chofer. Tesla, Volvo, Ford, Mercedes y BMW están trabajando en la misma dirección. Tarde o temprano podremos contratar por precios asequibles un carro que nos lleve a nuestro destino sin nadie que lo maneje. Así mismo llegará un momento en que muchos trabajadores de la construcción quedarán desempleados, pues los robots harán gran parte de su labor mejor, más rápidamente y con menor ausentismo laboral.

### ¿VÍAS DE SOLUCIÓN?

Es difícil, si no imposible, frenar estas tendencias arrolladoras, aunque nunca falten esfuerzos por contrarrestarlas. La teoría económica convencional, por ejemplo, suele hablar idílicamente de un Estado benevolente que corrige las imperfecciones del mercado, olvidando que los Estados están representados por personas que con sus acciones también buscan incrementar su propio beneficio.

Nos gusta señalar a los países escandinavos como modelo de Estados solidarios y eficientes, pero en muchos países latinoamericanos hay políticas que en vez de proteger la propiedad y la vida, roban y matan, y Estados que en vez de encaminar los impuestos ciudadanos a mejorar el bienestar de la población se los apropian y crean una nueva camada de nuevos ricos.

En la situación actual Venezuela tiene poco mercado, pues los productos escasean y el sec-

tor privado ha sido machacado por más de una década, pero también hay poco Estado cuando el Poder Judicial aniquila sistemáticamente al Legislativo. Solo tenemos un Gobierno hipertrofiado al que el país y su economía hace tiempo que se le han escapado de las manos. ¿Qué sentido tiene entonces hablar aquí y ahora de la combinación óptima de mercado y Estado cuando no tenemos ni lo uno ni lo otro?

Aun así, es verdad que en países más desarrollados el Estado ejerce una función imprescindible, controlando la formación de monopolios, ofreciendo gratuitamente servicios como seguridad, salud, educación, vivienda o vías de comunicación, y subsidiando a los sectores más necesitados.

Por otra parte, sea por influencia del Estado, del mercado, o de su interacción, hay signos esperanzadores de que las fuerzas que dominan el mundo están corrigiendo sus propios errores. Más arriba he dicho que según el Banco Mundial el 12,73 % de la población mundial se encuentra en situación de pobreza. Pero el mismo organismo indica que esa proporción ha disminuido año tras año desde 1983. También la preocupación por el medio ambiente, que antes era objetivo de unos cuantos ecologistas marginales y marginados, se ha convertido en compromiso mundial de casi todos los países. Muchas organizaciones ciudadanas, sobre todo en países del primer mundo, boicotean los productos de empresas que tienen fuerza de trabajo mal pagada o esclavizada en países tercermundistas.

En la línea de reflexión y análisis, numerosas organizaciones civiles y religiosas, como los antiguos profetas de Israel y Judá, denuncian incansablemente las injusticias, y proponen sistemas alternativos más solidarios, aunque quizás por su excesivo altruismo aún no hayan logrado que sus ideales resulten viables.

Por fin es admirable ver cómo ha crecido en el mundo el voluntariado en el campo de la educación, la salud, la atención a los refugiados, o en otros ámbitos similares. Pero todos ellos juegan un papel semejante a los camilleros, médicos y enfermeras en los campos de batalla. Cuidan a las víctimas pero no pueden acabar las guerras.

Después de todo esto, no hace falta tener dones especiales de clarividencia para adivinar cómo será el mundo cuando en 2038 la revista *SIC* cumpla 100 años.

El sistema económico dominante seguirá siendo el capitalismo, y muchas personas en torno a la revista continuarán trabajando solidariamente con los millones de personas dejadas fuera de circulación por el engranaje de la maquinaria imperante, y diseñando modelos alternativos para la implantación global de un mundo más justo.

¡Ojalá se encuentren entonces más cerca de la meta que hoy!

\*Doctor en Economía de la UCAB.